

# EL CASTILLO DE ARENA

Blanca Faure



# Capítulo 1

## EL CASTILLO DE ARENA

Descalcé mis zapatillas y corrí a la playa, necesitaba sentir la textura de la arena bajo mis pies, una galerna fría disuadió a los madrugadores del paseo matutino. Así que el amanecer, la luz, el sonido del mar y hasta la sal, la disfrutamos sólo Danko y yo ¿Qué quien era Danko? Un caprichoso cruce de labrador y pastor alemán compañero de vida y noches.

Respiré hondo, absorbiendo la energía de las olas para enfrentarme a un día más. A lo lejos un extraño montículo resultó ser un tosco castillo de arena que el mar abrazaba una y otra vez y no pude evitar sonreír al imaginarme de niño jugando en esa playa. En una explosión acuosa brotó ella de entre la espuma del mar como una Venus, bella y desnuda, cubierta tan sólo por su largo cabello. Ni que decir tiene que me quedé petrificado al contemplar una escena a todas luces mitológica, pero Danko me devolvió a la realidad cuando se abalanzó sobre esa mujer como si la conociera, hasta tirarla al suelo. Ella, lejos de molestarse reía con franqueza, abrazándose a Danko, pues le provocaban cosquillas sus lametones.

No es mi naturaleza saludar a desconocidos, me sorprendí a mi mismo.

-¡Qué tengas un buen día!-dije muy digno

-Gracias de verdad, yo también te lo deseo

Reparé por primera vez en mi vida que no era una frase hecha, que ella acogía mi deseo desde el corazón y descendí de un modo inconsciente a otro plano de entendimiento nuevo para mí.

-¡Dako déjala, ven, no seas bruto!

-¡No te preocupes no me molesta, es más me encanta!

Lo até y sin despedirme huí, no quería hablar con nadie, compartir mi momento, mi playa ,mi perro, mi vida.

Al día siguiente amanecí un poco más tarde, la playa estaba casi desierta, me estremecí al volverla a ver. Permanecía de clucillas, vestida con una larga camisa blanca, abrazándose a sí misma y llorando mientras acariciaba lo poco que quedaba de su castillo de arena.

Danko se le acercó y comenzó a beberse sus lágrimas y ese gesto me permitió empatizar con ella, no era usual en mí.

-¿Te pasa algo?

-Lloro por mi castillo, tendré que reconstruirlo otra vez.

No supe que decir, era una escena demasiado naif para mí, así que reaccioné como siempre, la miré con desprecio ¡Qué mujer más infantil! ¡Erigiendo castillos que la marea desbarataba una y otra vez! Al mismo tiempo no podía dejar de pensar en ella ¡¿Qué hacía allí todos los días, quien era, por qué el tiempo se paraba cuando aparecía?! ¡No podía permitirme el lujo de pensar en tonterías! La jornada de trabajo hoy sería dura, debía extirpar cualquier tipo de sentimiento que no me permitiera ser frío y calculador ¿La felicidad? No quería planteármela ahora. Todo salió según lo previsto, era un crack para los negocios. Llegué tarde a mi apartamento, Danko me estaba esperando nervioso y después de cenar y brindar conmigo mismo con una copa de cognac, le confesé que no era feliz. Danko se quedó pensativo, ladeo la cabeza y me dió la pata, y sin conferirle importancia a lo que le estaba contando, me acercó con su boca la cadena para que lo sacara a pasear.

-¿Ni siquiera tú me vas a escuchar? ¡Tengo todo y no soy feliz!  
La noche era hermosa, iluminada por una luna brillante. Danko tiraba de la cuerda más de lo normal hacía una esquina, se acercó a un indigente tumbado sobre una esponja enorme que en algún momento fue un colchón. Se avalanzó sobre él y este grito divertido: ¡Hola Danko! En ese momento reconocí su voz. Oculta bajo esas ropas masculinas estaba ella, con la misma luz en sus ojos.

-¿Eres la mujer de la playa? ¿Por qué vas vestida de hombre?

-Es dura la calle par una mujer, estas ropas me protegen.

Ni siquiera fuí consciente, pero supongo que la invité a pasear con nosotros por la playa. Ella se despojó de su disfraz y nos acompañó. A bocajarro y sin ningún pudor le pregunté:

-¿Por qué vives en la calle?

-No quiero hablar de ello, pero ahora soy feliz.

-¡Nunca te he visto por aquí!

-Sin embargo yo a tí y a Danko, sí. Todas las noches miro la luz de vuestra ventana antes de dormir y os deseo buenas noches. Los que tenéis hogar paseáis a nuestro lado, pero somos sombras invisibles. Cada persona que está en la calle tiene una razón, pero nadie se acerca a preguntar qué problema tiene.

-¿Y cuál es el tuyo?

-Ahora ninguno, cada día construyo mi castillo  
Sonreí y seguí caminando sin entender nada, hasta que al final me atreví a preguntar:

-¿Por qué haces castillos de arena si luego la marea se los lleva?

-Porque me recuerda que debo levantarme y soltar lo que construyo, aunque duela, porque nada es mío.

Sacudí la cabeza, continuaba sin entender nada, pero su presencia me agradaba cada vez más. En un punto del paseo, se paró en seco y sujetándome del brazo me preguntó:

-¿Eres feliz? ¿Serías capaz de soltar todo lo que has construído?

No supe contestar, demasiado abstracto para mi mente, volví a casa. En mi cabeza retumbaba la pregunta una y otra vez:

"¿Eres feliz? ¿Serías capaz de soltar todo lo que has construído?"

Necesité tres copas de cognac para que dejaran de temblar mis manos. Debía admitir que me había refugiado en el alcohol, me había dejado llevar. Estuve toda la noche pensando, intentando descifrar lo que la Dama del Castillo de Arena intentaba trasmitirme.

A partir de ese día, necesito verla. Hay noches que dormimos los tres en la playa y construimos juntos un castillo de arena. Estoy pensando en dejar mi trabajo y sentir la vida sin más, pero aún no estoy preparado para desprenderme de todo lo que me hace infeliz.